

## LIBRO SEGUNDO.

El segundo escalon de la vida, es aquel en que, hablando con propiedad, se acaba la infancia, porque no son sinónimas las voces *infans*, *infante* y *puer*, *niño*; la primera es subordinada á la otra, y significa *el que no habla*; por eso dice Valerio Maximo: *puerum infantem, niño infante*. Continuaré, no obstante, usando esta voz como está admitida en nuestra lengua, hasta la edad en que adopta otros nombres.

Los niños lloran menos así que empiezan á hablar, y es natural, pues sustituyen á un idioma otro. Cuando pueden decir con palabras que padecen, ¿á qué lo han de manifestar con gritos, á menos que sea tan violento el dolor que no se pueda expresar con palabras? Si entonces siguen llorando, es culpa de las personas que tienen á su lado. Cuando haya dicho Emilio, *estoy malo*, vivísimos dolores han de ser necesarios para arrancarle lágrimas.

Si es delicado y sensible el niño, y si naturalmente llora por frioleras, no le hago caso, y en breve agoto sus lágrimas: mientras llora, no me muevo; así que se calle, acudo. Muy presto será el silencio su modo de llamarme, ó cuando mas dará un solo grito. Por el efecto sensible de los signos juzgan los niños de su significacion, única convencion que hay para con ellos; y aunque se lastime mucho un niño, muy raro es que llora si está solo, á menos que espere ser oído.

Si cae, si se hace un chichon, si echa sangre por la nariz, si se corta los dedos, en vez de acudir con ademán de sobresalto, me estaré quieto un rato. El mal está hecho, necesario es que lo aguante; solo serviría todo mi anhelo para asustarle mas y aumentar su sen-

sibilidad; que de seguro no le atormenta tanto el golpe como el miedo de las resultas de su herida. Esta zozobra se la quitaré yo, porque de cierto valuará el mal que se ha hecho como vea que yo le valió; si me ve acudir inquieto, consolarle, compadecerle, pensará que está perdido; mas si ve que conservo mi sosiego, recuperará el suyo y creará que está sano así que no sienta dolor. En esta edad se toman las primeras lecciones de ánimo esforzado, y padeciendo sin susto dolores leves, se aprende á aguantar los fuertes.

Lejos de poner esmero en precaver que Emilio se haga mal, sentiria mucho que no se le hiciera nunca, y creciera sin experimentar el dolor. Padecer es lo primero que debe aprender y lo que mas necesitará saber. Aunque sea el niño pequeño y débil, puede tomar sin riesgo tan importantes lecciones. Si cae al suelo no se romperá una pierna; si se pega con un palo, no se romperá un brazo; si coge una navaja por el filo, no apretará mucho y no será muy honda la cortadura. No sé que nunca un niño á quien dejen suelto se haya muerto, estropeado, ó hecho un mal grave, si no queda expuesto imprudentemente á que caiga de un sitio alto, ó solo junto á la lumbre, ó que tenga á mano instrumentos peligrosos. ¿Qué diremos de esos gabinetes de máquinas, que reúnen junto á un niño para armarle de punta en blanco contra el dolor, hasta que en llegando á mayor queda á su arbitrio, sin experiencia ni ánimo, y piensa que es muerto si se pica con un alfiler, ó se desmaya si ve correr una gota de sangre?

Nuestra pedante manía de enseñanza nos mueve á que instruyamos á los niños en todo aquello que mucho mejor aprenderian por sí propios, y á olvidarnos de cuanto nosotros solos les hubiéramos podido enseñar. ¿Hay mayor trabajo que el que se gasta en enseñarlos á andar, como si hubiéramos visto que por descuido de su nodriza no supieran andar cuando mayores? ¡Y por el contrario, cuántos vemos que andan mal toda su vida por haberlo aprendido mal! Ni tendrá Emilio chichonera, ni canasta con ruedas, ni carretilla, ni andadores; ó á lo menos, así que sepa poner un pié delante de otro, solo le sostendremos en los parajes empedrados

ó enladrillados, y no haremos mas que pasar de prisa por ellos (1). En vez de permitir que se apoltrone en el aire estancado de un aposento, todos los días le llevaremos al medio de un prado á que corra, juegue, y se caiga cien veces al día; mas vale así, con eso aprenderá antes á levantarse. De muchos golpes resarce el beneficio de la libertad: con frecuencia sacará mi alumno contusiones, en cambio siempre estará alegre; si los vuestros rara vez se hacen mal, están siempre disgustados y tristes; dudo que sean los mas gananciosos.

Otro progreso, que es el de sus fuerzas, hace que los niños necesiten quejarse menos: así que pueden mas por sí propios, tienen menos necesidad de recurrir á otros. Con su fuerza se desenvuelve el conocimiento que los hace capaces de dirigirla. Propiamente en este segundo grado es cuando empieza la vida individual: entonces se adquiere la conciencia de sí mismo; extiende la memoria el sentir de la identidad á todos los momentos de su existencia, y se torna uno de verdad, él propio, y capaz de felicidad ó desgracia. Por tanto conviene considerarle ya como ser moral.

Aunque pueda señalarse el mas dilatado término de la vida humana, y la probabilidad que cada edad tiene de acercarse á esta meta, no hay cosa mas incierta que la duracion de la vida de cada hombre, y son poquísimos los que llegan á este término. Al principio de la vida son mayores los riesgos de ella; y quien menos ha vivido, menor esperanza de vivir puede tener. La mitad, cuando mas, de los niños que nacen, llegan á la adolescencia, y tal vez no alcance vuestro alumno la edad de hombre.

¿Qué pensaremos por tanto de esa inhumana educacion que sacrifica el tiempo presente á un porvenir incierto; que carga á un niño de todo género de cadenas, y empieza haciéndole miserable, por prepararle para una época remota, no sé qué pretendida felicidad,

(1) No hay modo de andar mas ridículo ni menos firme que el de las personas á quien de niños han llevado mucho tiempo de los andadores; esta es una de aquellas observaciones que de puro ciertas son triviales, y que se comprueban con frecuencia.

que tal vez nunca disfrutará? Aun suponiendo fundado en razon el objeto de esta educacion, ¿quién puede, sin indignarse, contemplar á unos pobres desventurados, sujetos á un yugo inaguantable y condenados como galeotes á remo perpétuo, sin estar ciertos de que han de sacar fruto de tanto penar? En medio de llantos, de castigos, de amenazas y de esclavitud, se va la edad de la alegría. Por su bien atormentan al desdichado, sin ver que la muerte es la que llaman, y que le va á llegar en mitad de este triste aparato. ¿Quién sabe cuantos niños perecen victimas de la extravagante discrecion de un padre ó un maestro? ¡Dichosos son en huir así de su crueldad, pues el único fruto que sacan de tantos males como les han hecho, es morir sin sentirlo!

Hombres, sed humanos, que es vuestra obligacion primera; sedlo con todos los estados, con todas las edades, con todo cuanto es propio del hombre. ¿Qué saber tendreis fuera de la humanidad? Amad la infancia; favoreced sus juegos; sus deleites, su amable instinto. ¿Quién de vosotros no ha deseado alguna vez tornarse á aquella edad, en que está siempre vagando la risa por los labios y en que siempre está serena el alma? ¿Por qué quereis estorbar que disfruten los inocentes niños de esos fugaces momentos que tan rápidos huyen, y de bien tan precioso de que no pueden abusar? ¿Por qué quereis llenar de amargura y quebranto esos años primeros que tan veloces pasarán para ellos, y que ya para vosotros no pueden tornar? Padres, ¿sabeis acaso cuándo la muerte descargará en vuestros hijos el golpe fatal? No deis motivo á nuevos llantos, privándolos de los cortos instantes que les dispensa la naturaleza; así que pueden sentir el deleite de la existencia, haced que disfruten de él y que á cualquier hora que Dios los llame no se mueran sin haber gozado de la vida.

¡Que vocerío va á suscitarse contra mí! Oigo los clamores de esa falaz sabiduría que sin cesar nos lanza fuera de nosotros, que desdeña al tiempo presente, siempre corriendo sin tomar aliento en pos del porvenir que huye al paso que nos adelantamos, y que á fuerza de querer trasladarnos á donde no estamos, nos traslada á donde nunca estaremos.

Ahora es tiempo, respondeis, de corregir las malas inclinaciones del hombre; en la edad de la infancia, en que menos se sienten las penas, conviene multiplicarlas para evitárselas en la de la razon. ¿Quién os dijo, empero, que estuviese en vuestra mano ese arreglo, y que todas esas bellisimas instrucciones con que abrumais el entendimiento de un niño, no le hayan de ser un dia mas perjudiciales que provechosas? ¿Quién os dijo que le evitabais pesares con los que ahora le causais? ¿Por qué le haceis mayores daños de los que su estado permite, sin estar ciertos de que sus males presentes sean para alivio de los venideros? ¿Cómo me probareis que esas malas inclinaciones de que quereis curarle no son debidas mucho mas á vuestros mal entendidos afanes que á la naturaleza? ¡Desventurada prevision, que hace hoy miserable á un ser con la bien ó mal fundada esperanza de hacerle un dia feliz! Y si este vulgo de argumentadores confunde la licencia con la libertad, y el niño que hacen feliz con el mimado, enseñémosles á que los distinguan.

Si no corremos en pos de imaginaciones fantásticas, no nos olvidemos tampoco de lo que conviene á nuestra condicion. La humanidad tiene su lugar en el orden de las cosas, y el niño el suyo en el orden de la vida humana; es necesario considerar al hombre en el hombre y al niño en el niño. Todo cuanto para su bien podemos hacer es señalar á cada uno su lugar, colocarle en él y coordinar las pasiones humanas segun la constitucion del hombre: lo demás pende de causas extrañas que no están en nuestra mano.

No sabemos qué cosa sea dicha ó desdicha absoluta; todo en esta vida está mezclado; ningun sentimiento tenemos puro, ni permanecemos dos momentos en un mismo estado, que están como en continua marea tanto los movimientos de nuestra alma, como las modificaciones de nuestro cuerpo. Comunes son de todos el bien y el mal, pero con distinta medida. El que menos penas padece es el mas feliz, y el mas miserable el que menos placeres disfruta. Siempre mas pesares que alegrías; esa diferencia es comun á todos. Asi en este mundo la felicidad humana no es mas que un estado negativo

que ha de medirse por la menor cantidad de males que se padecen.

Todo sentimiento doloroso es inseparable del deseo de eximirse de él; toda idea de deleite lo es del de disfrutarle; todo deseo supone privacion, y todas las privaciones que sentimos son penosas; así nuestra miseria consiste en que no están nuestros deseos en proporcion de igualdad con nuestras facultades. La persona cuyas facultades estuviesen al nivel de sus deseos, seria completamente feliz.

¿Pues en qué se cifra la sabiduría humana ó la senda de la verdadera felicidad? No precisamente en disminuir nuestros deseos, porque si á nuestro poder no alcanzasen, permanecería inerte parte de nuestras facultades, y no gozaríamos todo nuestro ser; ni tampoco en dar ensanche á nuestras facultades, porque si á la par crecieran nuestros deseos mas que ellas, nos tornaríamos mas infelices; pero sí en disminuir el exceso de nuestros deseos á nuestras facultades, y en procurar reducir á perfecta igualdad la voluntad con la potencia. Solo en este caso hallándose en accion todas nuestras fuerzas, permanecerá sereno el ánimo, y se encontrará el hombre bien ordenado. Así lo ha instituido desde luego la naturaleza que todo lo encamina á lo mejor, y que no le da inmediatamente mas deseos que los necesarios para su conservacion, y las facultades que bastan para satisfacerlos; todas las demás las ha puesto como de reserva en lo interior del alma, para que cuando fuere necesario se vayan desenvolviendo. Solo en este estado primitivo se encuentra el equilibrio del deseo y la potencia, y no es infeliz el hombre. Al ponerse en accion sus facultades virtuales, se despierta y las precede la imaginacion, que es la mas activa de todas. Ella es la que nos marca la medida de las cosas posibles, así en lo bueno como en lo malo, y por consiguiente la que excita los deseos y les da pábulo, con la esperanza de contentarlos. Empero el objeto que al principio parecia al alcance de la mano, huye con una velocidad que no podemos seguir; y cuando creemos cogerle se transforma y se presenta á mucha distancia de nosotros. Como hemos perdido de vista el terreno andado, le creemos

pequeño y se agranda y dilata sin cesar el que nos queda por andar. De este modo quedamos rendidos antes de llegar al término; y cuanto mas corremos tras la felicidad, mas se aparta de nosotros.

Por el contrario, cuanto mas inmediato á su natural condicion se ha quedado el hombre, menor es la diferencia de sus facultades y deseos, y por consiguiente está menos distante de ser feliz. Nunca es menos miserable que cuando parece privado de todo, por que no se cifra la miseria en la privacion de las cosas, sino en la carencia que se siente de ellas.

El mundo real tiene límites, el imaginario es infinito; no pudiendo dar ensanche al uno, estrechemos el otro, porque de su diferencia solo nacen todas las penas que nos hacen infelices en realidad. Exceptiense la fuerza, la salud y el buen testimonio de si propio; todos los demás bienes de la vida consisten en la opinion: exceptúense los dolores corporales y los remordimientos de conciencia; los otros males son todos imaginarios. Dirán que es comun este principio, lo confieso; pero no es comun su aplicacion práctica, y aquí únicamente se trata de ella.

¿Qué quieren expresar cuando dicen que el hombre es flaco? La palabra *flaqueza* indica una condicion, una cualidad del ser á que se aplica. Aquel cuya fuerza excede á sus necesidades, aunque sea un insecto, un gusano, es un ser fuerte; aquel cuyas necesidades exceden á su fuerza, sea un león, un elefante, un conquistador, un héroe, aunque sea un dios, es un ser flaco. El ángel rebelde que desconoció su naturaleza, era mas flaco que el venturoso mortal que vive en paz conforme á la suya. Cuando se contenta el hombre con ser lo que es, es muy fuerte; y muy flaco cuando se quiere encumbrar á mas altura que la de su humanidad. No os figureis que explayando vuestras facultades se explayan vuestras fuerzas; por el contrario, disminuyen si vuestra soberbia se extiende mas que ellas. Midamos el radio de nuestra esfera, y permanezcamos en el centro, como el insecto en medio de su tela; siempre nos bastaremos para nosotros mismos, y no tendremos que lamentar nuestra flaqueza, porque nunca la sentiremos.

Todos los animales tienen justamente las necesarias facultades para conservarse: el hombre solo las posee superfluas. ¿No es de extrañar que sea este sobrante el instrumento de su miseria? En todo país valen mas los brazos de un hombre que su subsistencia. Si tuviera el suficiente juicio para despreciar este sobrante, siempre tendria lo necesario, porque nunca tendria de mas. De las necesidades grandes, decia Favorino, nacen grandes bienes, y á veces el modo mejor de adquirir las cosas que nos faltan es privarnos de las que poseemos (1). Á fuerza de esforzarnos por aumentar nuestra felicidad, la convertimos en miseria. Viviria feliz, todo el que no quisiera otra cosa mas que vivir; por consiguiente seria bueno, porque ¿qué utilidad sacaria de ser malo?

Si fuéramos inmortales, seríamos unos seres muy miserables. Sin duda es muy duro el morir, pero es muy suave el esperar que no siempre viviremos, y que las penalidades de esta vida ha de terminarlas otra mejor. Si nos ofrecieran la inmortalidad en la tierra, ¿habría quien quisiese admitir tan triste dádiva? (2) ¿Qué remedio, qué esperanza, qué consuelo nos quedaria contra los rigores de la suerte y contra las injusticias de los hombres? El ignorante que nada prevee, aprecia en poco el valor de la vida, y no le asusta perderla; el hombre ilustrado vé bienes de mas valia que prefiriera á ella. Solo una mediana ciencia y una falaz sabiduría, prolongando nuestras miras hasta la muerte, y no mas allá, nos la hacen contemplar como el peor de los males. Para el sábio la necesidad de morir no es mas que un motivo de aguantar las penas de la vida; y si no estuviéramos ciertos de perderla un dia, se nos haria muy penoso el conservarla.

Todos nuestros males morales consisten en la opinion, excepto uno solo, que es el delito, y este pende de nosotros: nuestros males físicos ó se destruyen ó nos destruyen; nuestros remedios son el tiempo ó la muerte. Empero padecemos tanto mas cuanto menos sabe-

(1) Noct. artic. lib. IX, cap. 8.

(2) Entiéndase que hablo de los hombres que discurren, y no de todos en general.

mos padecer, y tenemos mas afan por sanar de nuestras dolencias que el que necesitaríamos para tolerarlas. Vive segun la naturaleza, sé sufrido, y despide á los médicos; no evitarás la muerte, pero no la sentirás mas que una vez, mientras que con frecuencia ellos la presentan á tu imaginacion azorada, y en vez de dilatar tus dias, te priva su mentirosa arte de que los goces. Siempre preguntaré en qué ha sido provechoso este arte para los hombres. Verdad es que moririan algunos de los que cura; pero quedarian con vida millones que mata. ¡Hombre sensato, no pongas á un juego en que tantos acaso llevas contra tí! Padece, muere ó sana; pero sobre todo vive hasta tu última hora!

En las instituciones humanas, todo es contradiccion y locura; mas nos esforzamos por conservar la vida, cuanto menos valor va teniendo. Mas temen perderla los ancianos que los mozos; aquellos no quieren que se inutilicen los preparativos que han hecho para gozarla; cruel cosa es morir á los sesenta años sin haber empezado á vivir. Creemos que el hombre tiene un amor muy grande á su conservacion, y es así; pero no conocemos que este amor, como nosotros le sentimos, es debido en gran parte á los hombres. El hombre naturalmente solo se afana por conservarse, mientras tiene en su mano los medios para ello; cuando estos le faltan, se resigna y muere sin un afan inútil. De la naturaleza nos viene la primera ley de la resignacion; los salvages, como los brutos, se agitan poquisimo contra la muerte, y espiran casi sin quejarse. Destruida esta ley, se forma otra que dicta la razon; mas pocos saben sacarla de ella, y esta resignacion artificial nunca es tan total y completa como la primera.

La prevision; la prevision que sin cesar nos saca de nuestros límites, y con frecuencia nos coloca á donde nunca llegaremos, ese es el verdadero manantial de todas nuestras miserias. ¡Qué mania en un ser tan efímero como el hombre, la de tener siempre fija la vista en un porvenir lejano que rara vez llega, y descuidar lo presente que es lo cierto! Mania tanto mas funesta cuanto que con la edad crece sin cesar, y los viejos siempre desconfiados, cautos y avaros, mas quieren negarse hoy

lo necesario, que carecer de lo supérfluo dentro de cien años. Así todo nos ata, á todo nos agarramos; á cada uno de nosotros le importan los tiempos, los lugares, los hombres, las cosas, todo cuanto hay, todo cuanto ha de haber; y nuestro individuo no es mas que la menor parte de nosotros mismos. Se extiende uno, digámoslo así, por toda la redondez de la tierra, y se hace sensible en toda su dilatada superficie. ¿Qué extraño es que se multipliquen nuestros males en todos los puntos en que pueden herirnos? ¡Cuántos principes se desconsuelan por la pérdida de un país que nunca vieron! ¡A cuántos negociantes basta con tocarlos en las Indias, para que alcen el grito en París?

¿Es la naturaleza la que lanza al hombre tan lejos de sí propio? ¿Es ella la que quiere que sepa cada uno su suerte de los demás, y algunas veces que sea el postrero que la sepa; de modo que ha habido hombre que murió feliz ó infeliz, sin llegarlo á saber? Veo á un hombre colorado, alegre, robusto, sano; anuncian sus ojos el contento, la satisfaccion, y trae consigo la imagen de la dicha. Llega una carta del correo; la mira el hombre feliz; es para él; la abre y la lee. Al instante muda de ademan, pierde el color, y cae desmayado. Vuelto en sí, llora, se agita, solloza, se arranca los cabellos, el aire resuena con sus clamores, parece acometido de horribas convulsiones. ¡Loco! ¿Qué daño te ha hecho ese papel? ¿Qué miembro te ha roto? ¿Qué delito te ha hecho cometer? Finalmente, ¿qué mudanza ha hecho en tí, para que te pongas en ese estado? Si la carta se hubiera perdido, si una mano caritativa la hubiera arrojado al fuego, me parece que hubiera sido un problema extraño la suerte de este mortal, dichoso y desdichado á un tiempo. Dirán que su desdicha era real. Enhorabuena; pero no la sentia. ¿Pues á dónde estaba? Su felicidad era imaginaria. Ya entiendo; la salud, la alegría, la serenidad, el contento de ánimo, no son otra cosa que visiones. Nosotros no existimos ya donde estamos, que existimos donde no estamos. ¿Merece la pena de temerse tanto la muerte, siempre que no muera aquello en que vivimos?

¡Hombre! Encierra tu existencia dentro de tí, y no

serás desgraciado. Permanece en el lugar que te señaló la naturaleza en la cadena de los seres, y nada te podrá forzar á que salgas de él; no des coces contra el duro aguijón de la necesidad, y no apures en resistirle unas fuerzas que no te dispensó el cielo para ensanchar ó prolongar tu existencia, sino para conservarla como y mientras él quisiese. Hasta donde rayan tus fuerzas naturales, no mas allá, alcanzan tu poderío y tu libertad: todo lo demás es mera esclavitud, ilusion, apariencia. Hasta la dominacion es vil cuando se funda en la opinion, porque pende de las preocupaciones de aquellos que gobiernan con las preocupaciones. Para conducirlos á tu albedrío es menester que te conduzcas por el suyo; si mudan ellos de modo de pensar, fuerza será que mudes tú de modo de obrar. A los que á ti se acercan, les basta saber gobernar las opiniones del pueblo que crees tú que gobiernan, ó de los privados que te gobiernan á tí, ó las de tu familia, ó las tuyas propias; esos visires, esos cortesanos, esos sacerdotes, esos soldados, esos criados, y hasta los niños, aunque tuvieras el superior ingenio de Temístocles (1), te van á llevar, como si fueras tú tambien una criatura, en mitad de tus legiones. En balde te afanas; nunca excederá tu autoridad real de tus facultades reales. Así que es necesario ver por ojos ajenos, y querer por voluntad ajena. Mis pueblos son mis vasallos, dices ufano. Está bien. Empero, ¿tú qué eres? Vasallo de tus ministros. Y tus ministros, ¿qué son? Vasallos de sus secretarios, de sus damas, criados de sus criados. Tomadlo todo, usurpado todo, desparramad luego el dinero á manos llenas; levantad baterías de cañones; alzad horcas; encended hogueras; promulgad leyes, edictos; multiplicad los espías, los soldados, los verdugos, las cárceles, las cadenas. ¡Pobres hombrecillos! ¿Qué vale todo eso? Ni sereis mejor servidos, ni menos robados, ni menos en-

(1) «Ese chicuelo que ahí veis es el árbitro de la Grecia, decía Temístocles á sus amigos, porque él gobierna á su madre, su madre me gobierna á mí, yo gobierno á los atenienses, y los atenienses gobiernan á los griegos.» ¡Oh, qué de mezquinos conductores se hallarian á veces en los mayores imperios, si se bajase por grados desde el príncipe hasta a primera mano que da el impulso secreto!

gañados, ni mas absolutos. Siempre repetireis, *quere-mos*; y hareis siempre lo que otros quieran.

El único que hace su voluntad es el que para hacerla no necesita valerse de otro; de donde se colige que el mas apreciable de los bienes no es la autoridad, sino la libertad. El hombre verdaderamente libre solo quiere lo que puede, y hace lo que le conviene. Esta es mi máxima fundamental; trato de aplicarla á la infancia, y veremos derivarse de ella todas las reglas de educacion.

No solamente ha hecho la sociedad mas débil al hombre, quitándole el derecho que tenia en sus propias fuerzas, sino mas especialmente haciendo que sean esas insuficientes; por eso sus deseos se multiplican con su flaqueza; y eso es lo que constituye la de la infancia, comparada con la edad adulta. Si el hombre es un ser fuerte, y el niño uno débil, no es porque tenga aquel mas fuerza absoluta que este, sino porque naturalmente puede el primero bastarse á sí propio, y el segundo no. Así el hombre debe tener mas voluntades, y el niño mas voluntariedades, y por voluntariedad entiendo yo todos aquellos deseos que no son verdaderas necesidades, y que solo con auxilio ajeno pueden satisfacerse.

He explicado la razon de este estado de flaqueza; la naturaleza la ha remediado con el cariño de los padres y las madres: pero este cariño puede tener su exceso, su defecto y sus abusos. Los padres que viven en el estado civil, colocan en él á su hijo antes de tiempo, y aumentando sus necesidades, acrecientan su flaqueza en vez de disminuirla. Tambien la aumentan exigiendo de él lo que no exigia la naturaleza, sujetando á la voluntad de los padres la poca fuerza que el niño tiene para hacer la suya propia, y convirtiendo por una parte y otra en esclavitud la reciproca dependencia en que les retiene á él su flaqueza, á ellos su cariño.

El sabio permanece en su lugar; pero el niño que no conoce el suyo, no se puede mantener en él. En nuestros paises halla mil salidas para zafarse, y no es fácil tarea para los que le gobiernan el retenerle en él. No debe ser bruto, ni hombre, sino niño; es necesario que reconozca su flaqueza, no que padezca por ella; que

dependa, no que obedezca; que pida, no que mande. Solo á causa de sus necesidades está sujeto á los demás, porque estos ven mejor que él lo que le conviene, lo que á su conservacion puede contribuir ó perjudicar. Nadie, ni aun su padre, tiene derecho para mandar á un niño lo que no pueda serle de algun provecho.

Antes que las preocupaciones y las leyes sociales alteren nuestra inclinacion natural, consiste la felicidad así de los niños, como de los hombres, en el uso de su libertad; pero está en los primeros limitada por su flaqueza. Aquel que hace lo que quiere es feliz si se basta á sí propio, que es el caso del hombre que vive en el estado natural. Los niños, aun en este estado, solo gozan una libertad aparente semejante á la que en el estado civil disfrutaban los hombres. No pudiendo cada uno de nosotros vivir sin los demás, se torna otra vez miserable y flaco. Fuimos criados para ser hombres; las leyes y la sociedad nos han vuelto á sumir en la infancia. Los ricos, los grandes, los reyes, todos son unos niños que viendo con cuanto anhelo alivian su miseria, por esto mismo se envanecen, y viven ufanos de la solicitud que no tendrían con ellos si fueran hombres formados.

Son muy importantes estas consideraciones, y sirven para resolver todas las contradicciones del sistema social. Hay dos especies de dependencias: la de las cosas, que nace de la naturaleza; y la de los hombres, que se debe á la sociedad. Como la dependencia de las cosas carece de toda moralidad, no perjudica á la libertad, ni engendra vicios; y como la de los hombres es desordenada (1), los engendra todos, y por su causa se depravan recíprocamente el amo y el criado. Si algun medio hay de remediar esta dolencia de la sociedad, consiste en sustituir la ley al hombre, y en armar las voluntades generales con una fuerza real, mayor que la accion de toda voluntad particular. Si fuera dable que las leyes de las naciones tuvieran, como las de la naturaleza, una inflexibilidad que no pudiera vencer

(1) En mis principios de derecho político se demuestra que en el sistema social ninguna voluntad particular puede ser ordenada.

fuerza ninguna humana, tornaría la dependencia de los hombres á ser la de las cosas; en la república se reunirían todos los beneficios del estado natural con los del civil; y á la libertad que mantiene al hombre exento de vicios, se agregaría la moralidad que le encumbra á la virtud.

Mantened al niño en la sola dependencia de las cosas, y en los progresos de su educacion seguireis el orden de la naturaleza. Nunca presentéis á sus livianas voluntariedades obstáculos que no sean físicos, ni castigos que no procedan de sus mismas acciones; sin prohibirle que haga daño, basta con estorbárselo. En vez de los preceptos de la ley, no debe seguir mas que las lecciones de la experiencia ó de la impotencia. Nada otorguéis á sus deseos porque lo pida, sino porque lo necesite; ni sepa, cuando obra él, qué cosa es obediencia, ni cuando por él obran, qué cosa es imperio. Reconozca igualmente su libertad en sus acciones que en las vuestras. Suplid la fuerza que le falta, justamente cuanto fuere necesario para que sea libre, no imperioso; y aspire, recibiendo vuestros servicios hechos con cierto género de desden, á que llegue el tiempo que pueda no necesitarlos y tenga la honra de servirse á sí propio.

Para fortalecer el cuerpo y hacer que crezca, tiene la naturaleza medios que nunca deben ser rechazados. No se ha de obligar al niño á que esté quieto cuando quiere andar, ni á que ande cuando quiera estar quieto. Si por culpa nuestra no se ha estragado la voluntad de los niños, nada quieren sin motivo. Menester es que salten, corran y griten cuando quieran; todos sus movimientos son necesidades de su constitucion que procura fortalecerse; pero debemos desconfiar de lo que desean, sin poderlo ejecutar por sí propios, y que han de hacer otros por ellos: entonces se ha de distinguir escrupulosamente la verdadera necesidad, la necesidad natural, de la del antojo que empieza á nacer, ó de la que solo procede de la superabundancia de vida de que ya habló anteriormente.

Ya he dicho lo que se ha de hacer cuando llora un niño para conseguir alguna cosa: solo añadiré que así que puede pedir con palabras lo que desea, y para que

se lo den mas pronto ó para vencer una negativa apoya con llantos su solicitud, se le debe negar insensiblemente. Si la necesidad le ha hecho que hable, debeis conocerlo y al instante hacer lo que pide; empero ceder algo á sus lágrimas, es excitarle á que las vierta, enseñarle á que dude de vuestra buena voluntad, y á que crea que mas puede con vos la importunidad que la benevolencia. Si cree que no sois bondadoso, en breve será malo; si cree que sois débil, será en breve terco; así conviene otorgar siempre á la primera señal lo que no se le quiere negar. Sed parco en vuestras negativas pero nunca las revoqueis. Guardaos con especialidad de enseñar al niño vanas fórmulas de cortesía, que cuando sea necesario le sirvan de palabras mágicas para sujetar á su voluntad á todos cuantos le rodean, y conseguir al instante lo que le acomode. En la etiquetera educacion de los ricos no se omite nunca el hacerlos cortesmente imperiosos, prescribiéndoles los términos que han de usar para que nadie se atreva á resistirles; no estilan el tono ni las locuciones de quien pide; tanto ó mas arrogantes cuando ruegan que cuando mandan, porque están mas ciertos de que los obedecerán. Al punto se conoce que al decir ellos, *hágame V. el favor*, significa, *me da gana; y suplico á V., mando á V.* ¡Cortesía admirable que muda el significado de las palabras, y con ella no se puede hablar, como no sea en estilo imperativo. Yo, que menos temo que Emilio sea descortés que arrogante, mas quiero que diga rogando, *haz esto*, que mandando, *te ruego*; pues no me importa el término de que se vale, sino la significacion que le da.

Un exceso hay de rigor, y otro de indulgencia; ambos se han de huir, igualmente. Si dejais que padezcan los niños, aventurais su salud y vida, y los haceis miserables al presente; si los preservais con sobrado esmero de todo género de desazon, les preparais grandes miserias, los haceis delicados, sobrado sensibles; los sacais del estado de hombres, al cual, á despecho vuestro, volverán un dia. Por no exponerlos á algunos males de la naturaleza, les causais otros que esta no les ha dado. Me direis que incurro en el caso de aquellos malos padres á quienes afeaba que sacrificasen la felicidad de

sus hijos á la consideracion de un tiempo remoto, que puede no venir nunca. No es así; porque la libertad que doy á mi alumno, le resarce con usura de las leves incomodidades á que dejo que se exponga. Veo á unos tunitillos jugando con la nieve, cárdenos, arrecidos y que apenas pueden menear los dedos; en su mano está el irse á calentar, y no lo hacen; si los precisasen á ello cien veces mas sentirian el rigor del mandato, que sienten el del frio. ¿Pues de qué os quejais? ¿Hago miserable á vuestro hijo, no exponiéndole á otras incomodidades que las que él quiere padecer? Le hago feliz en el instante actual dejándole libre, y le preparo á que lo sea en lo venidero armándole contra los males que debe sufrir. Si le diesen á escoger entre ser alumno vuestro ó mio, ¿pensais que vacilase un instante?

¿Se concibe que un ser pueda gozar alguna dicha verdadera fuera de su constitucion? ¿No es sacar de ella á un hombre, querer eximirle absolutamente de todos los males de su especie? Si; yo sostengo que para sentir los bienes grandes, es necesario que conozca los males leves: esa es su naturaleza. Si va sobrado bien lo fisico, se corrompe lo moral. Aquel que no conociese el dolor, no conoceria la ternura de la humanidad, ni la suavidad de la conmiseracion; nada le moveria; no seria sociable, seria un mónstruo entre sus semejantes.

¿Sabeis cuál es el medio mas seguro de hacer miserable á vuestro hijo? Acostumbrarle á conseguirlo todo, porque como crecen sin cesar sus deseos con la facilidad de satisfacerlos, tarde ó temprano os precisará la impotencia mal que os pese, á venir á una negativa; y no estando acostumbrado, esta le causará mas tormento que la privacion de lo mismo que desea. Primero querrá el baston que llevais; luego pedirá vuestro reloj; despues el pájaro que vuela, la estrella que vé brillar; en fin, todo cuanto vea; ¿y á menos de ser Dios, cómo le habeis de contentar?

Es condicion natural del hombre reputar suyo todo cuanto está en su poder. En este sentido es verdadero, hasta cierto punto, el principio de Hobbes; multiplíquense con nuestros deseos los medios de satisfacerlos, y cada uno se hará dueño de todo.



Así, el niño á quien basta con querer para alcanzar, se cree árbitro del universo, mira como esclavos suyos á todos los hombres; y cuando al fin se ven en la precision de negarle algo, él, que cree que todo es posible cuando dá órdenes, contempla esta negativa como un acto de rebelion; como se halla en una edad incapaz de raciocinar, todas las razones que se le dan son meros pretestos; en todo vé mala voluntad; y exasperada su índole con la idea de una pretendida injusticia, toma ódio á todo el mundo, y sin agradecer nunca la condescendencia, se indigna contra toda oposicion.

¿Cómo he de creer yo que un niño poseido así de la rabia, y devorado de las mas irascibles pasiones, pueda ser nunca feliz? ¡Feliz él! Es un déspota; es á la par el mas vil de los esclavos, y la mas miserable de las criaturas. Niños he visto educados de esta manera que querian que derribáran de un empujon una casa, que les dieran la veleta que estaba en lo alto de una torre, que parasen la marcha de un regimiento para oír mas tiempo los tambores, y que atronaban el aire con sus gritos, sin querer escuchar á nadie, así que tardaban en complacerlos. En vano se esforzaban todos en contentarlos, irritándose sus deseos con la facilidad de alcanzarlos; se empeñaban en cosas imposibles, y en todas partes solo hallaban contradicciones, estorbos, penas y dolor. Riñendo siempre, siempre rabiando, siempre revoltosos, se les iba el día en gritar y lamentarse. ¿Eran unos séres venturosos? Reunidas la flaqueza y la dominacion, solo engendran miseria y locura. De dos criaturas mimadas, la una aporrea la mesa, y la otra manda azotar al mar; mucho tendrán que aporrear y que azotar antes de vivir contentos.

Si desde su infancia los hacen desgraciados estas ideas de imperio, ¿qué será cuando lleguen á mayores y empiecen á dilatarse y multiplicarse sus relaciones con los demás hombres? Acostumbrados á ver que todo cede en su presencia, ¡cuánto extrañan, al entrar en el mundo, ver que todo se les resiste, y hallarse estrujados con el peso de este universo que pensaban mover á su antojo! Sus insolentes ademanes, su pueril vanidad, solo les acarrear mortificaciones, desdenes y es-

cárnios; beben agravios como agua; pruebas crueles les enseñan bien pronto que no conocen su estado ni sus fuerzas; no pudiéndolo todo, creen que nada pueden. Tanto desusado estorbo los desalienta; tantos desprecios los envilecen; se vuelven cobardes, medrosos, soeces, y caen tanto mas de su condicion, cuanto mas en ella se habian encumbrado.

Volvamos á la primitiva regla. La naturaleza formó á los niños para que fuesen amados y socorridos; ¿empero los formó acaso para que los acatasen y temiesen? ¿Les dió el ademan tremendo, el mirar severo, la voz áspera y amenazadora para que infundieran miedo? Bien comprendo que el rugido de un leon espante á los animales, y que tiemblen al ver su terrible melena; pero si hay algun espectáculo odioso y risible á la vez, es el que presenta un cuerpo de magistrados, con su jefe á la cabeza, en traje de ceremonia, postrados ante un niño en mantillas, perorándole en pomposos períodos, y él en respuesta llorando y babeando.

Contemplando la infancia en sí misma, ¿hay en el orbe un ser mas flaco, mas miserable, mas á merced de cuanto le rodea, que mas necesite piedad, solicitud y amparo, que un niño? ¿No parece que si tiene tan agradable semblante, y tan cariñoso ademan, es solo para que todo cuanto á él se acerque tome parte en su debilidad y anhele por socorrerle? ¿Pues qué cosa hay mas repugnante, mas contraria al orden, que ver á un niño imperioso y de mala condicion, dar órdenes á todos cuantos le cercan, y tomar con descaro el tono de amo para aquellos á quienes basta abandonarle para que él perezca?

Por otra parte, ¿quién no vé que la flaqueza de la edad primera encadena al niño de tantas maneras, que es inhumanidad añadir á esta sujecion la de nuestros antojos, privándole de una libertad tan limitada, de que tan poco puede abusar, y de que tan inútil es para él como para nosotros privarle? Si no hay objeto que sea tan digno de mofa como un niño altanero, tampoco le hay que tanta lástima merezca como un niño medroso. Puesto que con la edad de razon empieza la servidumbre civil, ¿para qué es hacer que á ella preceda la servi-

dumbre privada? Consintamos que haya un instante en la vida exento de este yugo que no nos impuso la naturaleza, y dejemos á la infancia el uso de la libertad natural, que, á lo menos por algun tiempo la desvía de los vicios que se adquieren en la esclavitud. Vengan esos institutores severos, esos padres esclavos de sus hijos; vengan unos y otros con sus frívolas objeciones; y antes de alabar sus métodos, escuchen y aprendan el de la naturaleza.

Vuelvo á la práctica. Ya he dicho que nada se le debe dar á vuestro hijo porque lo pide, sino porque lo necesita (1), y que no debe hacer nada por obediencia sino solo por necesidad; de suerte que las voces obedecer y mandar se proscribirán de su diccionario, y mas todavia las de obligacion y deber; pero las de fuerza, necesidad, impotencia y precision, deben ocupar mucho lugar. Antes de la edad de razon no es posible tener idea ninguna de los séres morales, ni las relaciones sociales; por tanto se ha de evitar, cuanto fuere posible, el uso de las voces que las expresan, no sea que el niño aplique al punto á estas voces ideas falsas, que luego no sabremos ó no podremos destruir. La primera idea falsa que halle entrada en su cabeza, es la semilla del error y el vicio; por tanto es necesario poner mucha atencion en este primer paso. Haced que mientras solo le muevan las cosas sencillas, todas sus ideas se paren en las sensaciones; haced que por todas partes solo el mundo físico distinga en torno suyo; de lo contrario, estad cierto de que no os prestará oído, ó que tendrá del mundo moral de que le hablais, nociones fantásticas que no podreis borrar jamás.

Discurrir con los niños era la máxima fundamental de Locke, y hoy es la mas usada; pero me parece que no es el fruto que de ella se saca lo que debe hacerla

(1) Debe conocerse que así como la pena es muchas veces precisa, el deleite á veces es necesidad. Un solo deseo hay en los niños con el cual nunca se debe condescender, que es el de hacer que los obedezcan: de donde se sigue que, en todo cuanto piden es menester buscar con atencion el motivo que les mueve á pedirlo. Otorgadles en lo posible, todo lo que les puede causar gusto real; negadles siempre lo que sciamente solicitan por autojo ó por ejercer un acto de autoridad.

muy apreciable, y yo por mí no veo cosa mas tonta que esos niños con quienes tanto han discurrido. Entre todas las facultades del hombre, la razon, que, por decirlo así, es un compuesto de todas las demás, es la que con mas dificultad y lentitud se desenvuelve; ¡y de ella se quieren valer para desenvolver las primeras! La obra maestra de una buena educacion es formar un hombre racional; ¡y pretenden educar á un niño por la razon! Eso es empezar por el fin, y querer que la obra sea el instrumento. Si los niños escuchasen la razon, no necesitarian que los educaran; pero con hablarles desde su edad mas tierna una lengua que no entienden, los acostumbra á contentarse con palabras, á censurar todo cuanto les dicen, á tenerse por tan sábios como sus maestros, á hacerse argumentadores y revoltosos; y todo cuanto piensan alcanzar de ellos por motivos de razon, nunca lo alcanzan sino por los de codicia, miedo ó vanidad, que siempre hay precision de juntar con ellos.

Esta es la fórmula á que con corta diferencia se pueden reducir todas las lecciones de moral que se dan y pueden darse á los niños:

EL MAESTRO.

No se debe hacer eso.

EL NIÑO.

¿Y por qué no se debe hacer?

EL MAESTRO.

Porque es mal hecho.

EL NIÑO.

¡Mal hecho! ¿Qué es mal hecho?

EL MAESTRO.

Lo que te prohiben.

EL NIÑO.

¿Y por qué es malo hacer lo que me prohiben?

EL MAESTRO.

Te castigarán por no haber obedecido.

EL NIÑO.

Yo lo haré de manera que no lo sepan.